

mayo llegó el ejército á las inmediaciones de Iconio; pero allí se encontró frente á una dificultad mayor aun que las que hasta entonces habia tenido que vencer, pues no se podía pasar de largo por junto á esta ciudad, porque el ejército, si no encontraba pronto una ocasion para reponer sus fuerzas, á pesar de todo su espíritu de sacrificio, se desorganizaría con toda seguridad. Ahora bien, ¿era posible tomar la populosa, rica y bien fortificada ciudad con sus propias fuerzas profundamente quebrantadas, teniendo enfrente todo el ejército seldyucida en masa?

Aquí recibieron los peregrinos el premio de su constancia y valentía. Los enemigos, por el fracaso de sus anteriores esfuerzos, y por los golpes que habian recibido, estaban asimismo profundamente quebrantados, y ofrecieron entonces la paz, aunque en condiciones inaceptables, y hasta pusieron en libertad al caballero Godofredo de Wiesenbach. En la madrugada del 18 de mayo se presentó este á sus paisanos, diciéndoles estas palabras: «¡Adelante sin cuidado, benditos del Señor; Dios ha puesto en vuestras manos esta ciudad y este país!» El emperador habia ordenado ya el ejército en dos líneas, con una de las cuales debía asaltar la ciudad el duque Federico, y con la otra él en persona rechazar el ejército seldyucida que estaba fuera. El duque avanzó en seguida hasta la puerta que estaba mas próxima á él, la rompió, y en medio de terrible carnicería tomó de un solo empuje la ciudad entera, excepto la ciudadela. Fuera estaba el viejo emperador en una situación difícil. La superioridad de las fuerzas que tenia que combatir, le asustó á él mismo, y lleno de abatimiento, hizo voto de humillar su persona y dignidad imperial, si el ejército salía bien de este peligro y llegaba á Antioquia. Pero luego, con el grito de guerra, «Cristo reina, Cristo vence, Cristo domina,» arrastró á los suyos á un ataque irresistible, de tal modo, que los enemigos se dispersaron como polvo y los cadáveres de 3,000 de ellos cubrieron el campo de batalla. Despues marcharon los vencedores á la ciudad, y toda la masa de peregrinos se refociló en ella á sus anchas con comida y bebida, y quedó satisfecha con el abundantísimo botín que cayó en sus manos, aunque los habitantes habian puesto á salvo en la ciudadela lo mejor que tenían.

Los seldyucidas despues de esta derrota, procuraron, como era natural, entablar nuevas negociaciones, y como el emperador no exigió mas que la venta de géneros á precios equitativos y que se le entregasen rehenes como garantía para lo futuro, se celebró muy pronto la paz. Los alemanes recibieron en rehenes veinte hombres de los mas principales, acamparon luego fuera de la ciudad, se proveyeron abundantemente de viveres, caballos, mulos, asnos, si bien á precios elevados, y el 26 de mayo, fortalecidos y alentados en cierto modo, volvieron á emprender la marcha en direccion al Sudeste. En el camino hasta Laranda se dejó sentir la necesidad de agua y no encontraron dónde comprar lo que hacia falta para reponer las provisiones. Algunos pelotones aislados de seldyucidas intentaron atacar de nuevo á los alemanes; pero estos les obligaron á mantenerse en paz, amenazándoles, con dar muerte á los rehenes en represalias. Detrás de Laranda encontraron el territorio de los armenios de Cilicia, vieron con emocion las primeras cruces cristianas enarboladas en los campos, y se hicieron la ilusion de que iban á terminar ya todas las fatigas. Pero la marcha por la cordillera del Tauro ocasionó aun al ejército penalidades casi insoportables. Los peregrinos trepaban á las alturas por sendas escapadas, agobiados de hambre y sed, hasta que por fin el 9 de junio traspusieron la última montaña, y por la tarde, acamparon en una fértil llanura á orillas del Salef, no lejos de Seleucia. El emperador se adelantó al ejército y bajó antes que él al

valle por una senda muy pendiente; tomó su comida y quiso atravesar el rio, contra la voluntad de los suyos; el anciano príncipe se metió en el torrente, pero las aguas le arrastraron y cuando fué extraído era ya cadáver.

«Al llegar á este punto y al referir tan lastimoso acontecimiento, dice un cronista, la pluma se nos cae de las manos, y la lengua enmudece, no acertando á describir la angustia y afliccion que produjo tan gravísimo contratiempo. Dejamos al juicio de cada uno el sentir, el considerar los clamores, el profundo dolor y la desesperacion de la multitud que habia quedado abandonada en suelo extranjero, sin guía, sin consuelo, sin jefe.»

Estos conmovedores lamentos, este desesperar de todo éxito ulterior, estaban plenamente justificados. Verdad es que el ejército habia dominado los mas graves peligros y se encontraba ya en país amigo: podía gloriarse de haber llevado á cabo, lo que desde las cruzadas del año 1097 ningunas otras tropas francas habian logrado; es decir, atravesar toda el Asia Menor con las armas en la mano; pero podía parecer dudoso aun, si este resultado era mas bien moral que material. Las privaciones y fatigas habian sido demasiado terribles, para que la buena disposicion de la tropa no se quebrantara dolorosamente en el momento mismo en que cesaran de ser necesarios los esfuerzos supremos. Solo una voluntad poderosa podía llevar adelante, en masa compacta, á las tropas desalentadas, y entusiasmarlas para realizar nuevas hazañas; y esa voluntad era la del héroe imperial, que entre las grandes cualidades á que debía su posicion en el mundo, poseía en alto grado el arte de hacer penetrar el alto vuelo de su alma en los corazones de los suyos; estos le amaban, le obedecian, le seguían con espíritu confiado á donde los llevara. Pero ya no estaba él allí, y con él, no solo se habia ido el alma del ejército, sino que este cayó en seguida como un cadáver que entra en descomposicion.

Entre tanto, Saladino daba públicas muestras de conocer cuánto valian el emperador y sus invencibles guerreros, pues poseído de angustiosa excitacion, prestaba oídos á las noticias relativas á la aproximacion de los alemanes, y al saber que estos llegarían sin duda á Siria, mandó inmediatamente demoler las murallas de muchas ciudades, con el objeto de que estos temibles enemigos no pudiesen hallar en ellas puntos de apoyo para su empresa. Y un cronista árabe escribía posteriormente lo que sigue: «Si Dios por una gracia especial para con nosotros, no hubiese permitido que muriera el emperador alemán en el momento en que queria penetrar en Siria, se hubiera podido decir de este país y de Egipto en tiempos posteriores: ¡Aquí gobernaron en otro tiempo los musulmanes!»

El pueblo alemán experimentó el mas completo desastre en las cruzadas. En el año 1096 se levantaron muchos campesinos alemanes, pero relativamente pocos caballeros, para ir á pelear por el Santo Sepulcro. Los primeros perecieron miserablemente; los caballeros casi desaparecieron entre la masa de los romanos, que condujeron la expedición guerrera hasta Jerusalem. En el año 1101, brillantes huestes alemanas perdieron inútilmente su vida en el interior del Asia Menor. La consecuencia de esto fué, que los Estados cruzados vinieron á parar muy pronto en colonias romanas, y continuaron recibiendo auxilios de los Estados romanos de Europa, al paso que Alemania se apartaba de la causa común de la cristiandad. De pronto, en el año 1147 se dispone á una gran empresa, la cual, sin embargo, y en parte por su culpa, va á parar en la mas desconsoladora derrota en el Asia Menor, y en Siria sufre las burlas de sus compañeros cristianos. Finalmente, en el año 1189, quiere Alemania enmendar los descuidos y faltas de tiempos anteriores por

medio de grandes preparativos y de una campaña tan esmeradamente dispuesta como hábilmente dirigida; y cuando ha vencido ya lo mas penoso, y cuando ya sonríe al incomparable ejército el mas alto premio de la victoria, se disuelve en mortal angustia abatido por la brusca fatalidad.

En efecto, la noticia de la muerte de Federico rompió el lazo que hasta entonces habia tenido unidas á todas las huestes. Unos á causa de las enfermedades ó de la pobreza, suspiraban por la patria; otros, despues de tan grande pérdida, veían con desconfianza la continuacion de la empresa; muchos se embarcaron para Europa á los pocos dias en las costas de Cilicia. De todos modos, una masa todavía considerable siguió bajo la direccion del duque Federico de Suabia. El príncipe Leon II de Armenia los recibió con muestras de amistad; pero cuando divididos en varios grupos pisaron el territorio antioqueno, dos de dichos grupos, sin saber que se habian adelantado hasta allí las tropas de Saladino, chocaron de improviso con los enemigos y sufrieron dolorosísimas pérdidas. Muchos prisioneros alemanes fueron vendidos como esclavos en el mercado de Alepo. Con el resto dejó el duque Federico á Antioquia el 21 de junio y trasladó la «carne» del emperador Federico I á la iglesia de San Pedro de dicha ciudad, habiendo depositado antes en Tarso las entrañas de su padre (1). Pero el fracaso del ejército no terminó aquí aun, porque entonces entre los placeres de la gran ciudad, como fatal consecuencia de la apenas pasada miseria, el ángel exterminador de la peste se cebó en los campeones que tan duras pruebas habian sufrido. Sucumbieron de sus resultas muchos miles, entre ellos varios obispos, príncipes y condes. Con el exiguo grupo de los que sobrevivieron se trasladó el duque Federico en el otoño de 1190 al campamento de los cristianos, establecido delante de San Juan de Acre; pero no para otra cosa, sino para bajar él mismo también á temprana tumba en dicho campamento.

La masa principal de los cruzados alemanes con el emperador Federico á la cabeza se habia encaminado al Este á través de Hungría y Grecia, pero no fué pequeño el número de alemanes que habia tomado otro camino. En la Cuaresma de 1189 un fuerte grupo de peregrinos bajó el Rhin desde Colonia para ir á Siria por mar. En la costa del mar se reunieron con los barcos de los coloneses algunas escuadras de Dinamarca, Frisia y Flandes hasta formar una flota de mas de cincuenta velas. Toda la expedición unida fué costeado por Francia y el Norte de España hasta Lisboa, donde reinaba Sancho I, el cual quiso aprovecharse de las fuerzas de estos cruzados del mismo modo que con tan buena suerte lo habia hecho su antecesor el rey Alfonso con los peregrinos del año 1147. Por lo tanto les suplicó con insistencia que le prestasen su concurso para conquistar la fortaleza de Alvor junto á Silves (en la costa Sur del Portugal moderno). Los peregrinos accedieron á ello y ayudaron á tomar el castillo, donde dieron muerte á multitud de musulmanes. A principios de junio continuaron su navegacion y llegaron á Siria muy á tiempo para tomar parte en el sitio de Acre. Pero no mucho tiempo despues de su partida de la patria, zarparon nuevas escuadras de Colonia y de las ciudades marítimas flamencas é inglesas y se reunieron por julio en Lisboa formando una gran armada. El rey Sancho se presentó también á estos cruzados en demanda de auxilio

(1) El duque Federico, despues de haber separado la «carne» de los huesos y haberla depositado en Antioquia, llevó consigo en una bolsa el «esqueleto» del emperador, para darle en su día el mas digno lugar de reposo en Jerusalem. Pero estos huesos parece que fueron enterrados provisionalmente en Tiro, y despues de la muerte del duque Federico en el campamento de San Juan de Acre, cayeron poco á poco en el olvido y por fin ya no se volvió á hablar de ellos.

y proyectó el sitio de la importante ciudad de Silves. Su deseo fué atendido, y en el mismo mes de julio fué cercada la fortaleza enemiga por los peregrinos y por los portugueses; pero la toma de una plaza tan bien fortificada ofrecía extraordinarias dificultades. En vano pelearon los cristianos semana tras semana, unas veces desde las torres y otras desde vías subterráneas. Ya se paralizaba la fuerza, y sin la tenacidad, particularmente de los alemanes, que no querían cejar en la obra comenzada, difícilmente se hubiera sometido á Silves. Pero al fin faltaron viveres á los sitiados y así se llegó el 3 de setiembre á una capitulacion que concedía á los mahometanos salir libremente dejando sus bienes. Despues los vencedores afearon su triunfo, tanto por sus envidias y discordias, cuanto por los abominables actos de violencia que cometieron contra los vencidos, en especial los alemanes que estaban furiosamente excitados. A pesar de esto la causa de los cristianos quedó en buena direccion, pues el rey Sancho sometió además, en época inmediata, una serie completa de pueblos grandes y pequeños en el Sudoeste de la península pirenaica, y los peregrinos, sin sufrir revés alguno de mas importancia, doblaron la España mahometana y desembarcaron con toda felicidad en la costa de Siria en el mismo otoño de 1189.

También un príncipe alemán, el landgrave Luis de Turingia, marchó á Siria separado de su emperador. En junio de 1189 abandonó la patria seguido de brillante comitiva de señores y escuderos, siguió por tierra hasta Brindis, donde se embarcó, y llegó también en el otoño del mismo año al territorio de sus correligionarios de Oriente.

CRUZADA DE LOS REYES RICARDO I DE INGLATERRA, Y FELIPE II DE FRANCIA

En la misma época en que la Alemania se armaba para la guerra santa, estaban también Inglaterra y Francia en tempestuoso movimiento; pero los preparativos de la cruzada se desarrollaron en estos países de un modo completamente distinto que en el imperio alemán, pues hacia ya veinte años, desde que el reino de Jerusalem habia caído en apuros cada vez mas apremiantes, que tanto los ingleses como los franceses habian proyectado una nueva expedición militar contra el islamismo, sin haber llegado á realizarla, porque las fuerzas de estos pueblos estaban entretenidas continuamente en las mas atroces contiendas intestinas. Lo mismo pasó veinte años despues: los desastres de Tierra Santa provocaron desde luego el entusiasmo de tomar la cruz; pero odiosas contiendas impidieron aun por bastante tiempo el emprender la campaña de peregrinacion.

Apenas fué conocida—en diciembre de 1187—la derrota de los cristianos en Hattin, cuando en seguida hizo voto de cruzado el hijo mayor de Enrique II rey de Inglaterra, Ricardo, duque de Aquitania y conde de Poitou, y pocas semanas despues, cuando llegó también la noticia de la pérdida de Jerusalem, el deseo de tomar la cruz se inflamó también en el rey Enrique, y en su antagonista francés, el rey Felipe II Augusto. Hasta este momento habian estado los dos reyes en mutua lucha, pero entonces (el 21 de enero de 1188)



Estátua de la esposa del rey Felipe Augusto de Francia; existente en otro tiempo en el pórtico de Saint-Germain-l'Auxerrois de Paris.



celebraron una amistosa conferencia entre Gisors y Trie, bajo aquel corpulento álamo situado en los límites de Francia y de la Normandía, donde desde tiempo inmemorial solían conferenciar los príncipes de estos países: se dieron la mano, se abrazaron, se besaron y tomaron la cruz. Su ejemplo influyó admirablemente entre los barones, caballeros y pueblo de Francia, Inglaterra y Gales. No se trataba ya de quién tomaría la cruz, sino de quién no la había tomado todavía; las mujeres instaban á sus maridos, las madres á sus hijos, último apoyo de su vejez, á que tomaran sobre sus hombros la santa enseña; los ancianos que no se hallaban en disposición de cooperar á un viaje largo, entregaban el último óbolo de sus economías en manos de los predicadores de la cruzada. Por encargo del Papa, se anunció que todo peregrino verdaderamente arrepentido, sería absuelto de sus pecados, y si tenía deudas, recibiría facilidades para su pago. El que interrumpiese los preparativos de la cruzada para principiar la guerra en los siete meses inmediatos, incurriría en excomunión mayor; tampoco debía nadie «jurar en demasía, ni jugar á los dados, ni llevar lujo en los vestidos, ni tomar mujer en la peregrinación, como no fuese una lavandera.» Para contribuir á los grandes gastos que ocasionaría la cruzada, todos los que no formasen parte de ella, pagarían el «Diezmo de Saladino», esto es, darían una décima parte de sus rentas y de sus bienes muebles, de los cuales solo se debían exceptuarse los caballos, vestidos, armas, libros y alhajas. Así se tomaron las medidas más trascendentales con ardoroso celo, y ya se soñaba con que desde entonces no sería posible una guerra entre cristianos, sobre todo después de haberse reconciliado los reyes que por tanto tiempo habían luchado entre sí; ya todo el mundo se regocijaba con la loca profecía de que dentro de dos años quedaría completamente destruida la dominación de los musulmanes.

La primera discordancia en el buen humor de aquellos días, fué causada por la cobranza del diezmo de Saladino, la cual en muchos lugares se hizo con excesivo rigor, y además de esto se ejecutaron crueles suplicios con los judíos, á quienes se sacaron á viva fuerza incalculables sumas. Pero lo peor de todo, fué que estalló una vez más la antigua discordia entre los príncipes de estos países. Primero se indispuso el duque Ricardo con los grandes de la Francia meridional —en el otoño de 1188—; luego se mezclaron los dos reyes en la contienda, y en poco tiempo la mitad de la Francia volvió á quedar sembrada de cadáveres y cenizas. En vano pidieron la paz muchos barones de Francia, para poder emprender la campaña contra Saladino; en vano amenazaron los legados del papa á los combatientes con grandes censuras eclesiásticas. Es verdad que llegaron á entablarse negociaciones; pero estas fracasaron una tras otra y la discordia de los príncipes fué tomando poco á poco las formas más desagradables. El rey Felipe, lleno de furor, mandó cortar el antiguo álamo de la frontera de Gisors, que había extendido sus ramas protectoras sobre amistosas entrevistas, y culpó de que estaba ganado por los enemigos á fuerza de oro el cardenal Juan de Anagni, el cual quiso aterrarle con los rayos de la excomunión de la Iglesia. El rey Enrique hizo concebir sospechas de que estaba en relaciones ilícitas con la novia de Ricardo, la princesa Alicia, hermana de Felipe, y de que quería perjudicar á su hijo en lo tocante á la sucesión del trono inglés. Merced á esto se dejó arrastrar Ricardo á una alianza con Felipe contra su propio padre, y Enrique se vió al fin reducido á tan estrechos límites, que tuvo que acomodarse á la paz con vergonzosas condiciones el 4 de julio de 1186.

Con esto se le partió el corazón al rey, que ya iba siendo

viejo, y el 6 de julio murió maldiciendo á su desnaturalizado hijo.

Esta muerte fué una fortuna para la cruzada, pues que Ricardo, que con tal motivo subió al trono de Inglaterra, se hallaba en buenas relaciones con Felipe á consecuencia de los últimos sucesos. Ambos reyes hicieron á la sazón los preparativos para la guerra santa con entusiasmo, con cuyo motivo Ricardo, dejándose llevar de los impulsos de su apasionado carácter, vendió á infimo precio castillos y aldeas, sedes episcopales y prelacías, con el objeto de reunir lo más rápidamente posible considerables sumas de dinero; pero de todo esto, poco bueno redundó en beneficio de los cristianos de Oriente; pues solo algunos pelotones franceses é ingleses se pusieron sucesivamente en marcha y navegaron para Siria, á fin de tomar parte en el sitio de Acre; los reyes por el contrario, y con ellos la masa principal de los cruzados de ambas naciones se entretuvieron aun mucho tiempo, ora en la patria, ora en el camino, hasta que por fin abordaron resueltamente el objetivo de su empresa.

En la primavera de 1190 se reunieron las huestes de peregrinos ingleses que querían ir con Ricardo á Oriente. Afearon su salida de la patria con una cruel persecución á los judíos, «los enemigos de Cristo, cuyos tesoros habían de servir para libertar la Tierra Santa,» y no sin grandes esfuerzos restableció el gobierno el orden en el país, después de haberse derramado mucha sangre. Una parte de los peregrinos pasó á Francia, para incorporarse allí con las tropas francesas de su rey, y otra se embarcó en la poderosa escuadra, que, contando 108 grandes naves de transporte, además de otros barcos, debía llevar después á Siria á todo el ejército cruzado. Ricardo dió á la escuadra una ordenanza marítima muy severa, por virtud de la cual amenazaba con los más terribles castigos hasta las más ligeras infracciones; pero era aun muy problemático si lograría por este medio mantener la disciplina en las masas de peregrinos ferozmente excitadas. La escuadra recibió desde luego la orden de costear la Francia y la España, mientras el ejército de tierra del rey inglés marchaba al través de Francia á Vecelay (en Borgoña), donde debía reunirse con las huestes de Felipe Augusto. Allí llegaron al mismo tiempo ambos ejércitos en los primeros días de julio. Saludáronse cordialmente los reyes y las tropas, y continuaron la marcha en dirección al Sur todos juntos en medio de alegres canciones. Pero como el número de estos cruzados pasaba de 100,000 hombres, y el abastecimiento de una masa tan grande presentaba dificultades, yendo todos por la misma ruta, resolvieron separarse, después de haber llegado á Lyon, ir á Mesina á cierta distancia unos de otros, y desde allí en fiel unión embarcarse para Siria. La tradicional ruta de los grandes ejércitos cruzados por Grecia y el Asia Menor no fué pues elegida por estos peregrinos; se decidieron á hacer el viaje por mar, probablemente porque la alianza que los bizantinos habían hecho con Saladino, era ya conocida, tanto de los franceses como de los ingleses.

El rey Felipe abandonó á Lyon dirigiéndose á Génova, donde se embarcó en buques alquilados y llegó á Mesina el 16 de setiembre. Ricardo marchó á Marsella, y desde allí recorrió toda la costa occidental de Italia, casi como un aventurero, unas veces embarcado y otras atravesando á caballo, como en un viaje de placer, aquellas hermosas campiñas. El 23 de setiembre hizo su entrada en Mesina con gran pompa. Su escuadra había llegado poco antes á aquel punto, después de haber sufrido en el mar varias vicisitudes con regular fortuna, en cuyo intermedio hizo desembarcos en la costa portuguesa, donde unas veces visitó á los cristianos de dicho país, maltratándoles soezmente, y otras les

auxilió con espontánea abnegación en la lucha que sostenían con los musulmanes.

Desde Sicilia, aunque la estación estaba ya muy avanzada, hubieran podido llegar al término de su viaje en el mismo otoño de 1190; pero pronto se vió que no había que pensar en ello, pues los reyes Felipe y Ricardo eran ciertamente los dos, jóvenes, activos, y estaban animados de ver-



El rey Ricardo Corazon de Leon, segun su sello

dadero celo por la causa de la Tierra Santa, pero en lo demás se llevaban todo lo mal posible en su empresa. Felipe, hábil y ambicioso, nunca perdía de vista los intereses de su reino. Ricardo, fuerte como un alemán, aficionado á la lucha como un normando, y fantástico como un provenzal, el ídolo de la caballería andante, ansiaba, ante todo, prodigiosas hazañas y la más alta distinción para su propia persona. Agréguese á esto, que la contienda que durante una generación había dividido á los soberanos de Francia é Inglaterra, debía renacer pronto entre estos príncipes. Encontrábase á la sazón los ingleses como dueños de la parte occidental del reino de Francia, desde Normandía hasta la Aquitania, en una posición, que hacía imposible una paz duradera entre ambos pueblos, hasta tanto que la corona de los Capetos desapareciese ó se volviese á reunir en un solo reino todo el territorio francés. Todo esto debía conducir á disturbios en Sicilia, porque el último rey legítimo de este país, oriundo de sangre normanda, Guillermo II, murió el 17 de noviembre de 1189, y el trono siciliano fué usurpado por el conde Tancredo de Lecce, el cual, además, redujo á prisión á Juana, viuda de Guillermo y hermana de Ricardo (1).

Así las cosas, Ricardo exigió, ante todo, que su hermana fuera puesta en libertad, lo cual consiguió á los pocos días. Mas, á pesar de esto, pronto llegaron á provocaciones hostiles, en las que, segun parece, ambas partes tuvieron igual culpa; pues Ricardo se presentó como un conquistador, y prescindiendo de su campamento junto á Mesina, se estableció á viva fuerza en la costa italiana de enfrente y en una

	Roger, rey de Sicilia,		
	† 1154.		
Roger.	Guillermo I,	Constanza,	
	† 1166.	Esposa del emperador	
		Enrique VI.	
Tancredo,	Guillermo II,		
hijo natural de Roger.	† 1189.		

pequeña isla situada en el Estrecho. Los sicilianos se vengaron de esto en los ingleses, no solo dirigiéndoles palabras de burla y escarnio, sino además asesinando á los peregrinos aislados que no llevaban armas, siempre que se les presentaba ocasión. El 3 de octubre estalló un violento tumulto debido á una causa de poca importancia. Un inglés se puso á disputar con una vendedora sobre el precio de un pan, y por esto fué cruelmente maltratado por unos ciudadanos de Mesina. A la noticia de esto se levantó todo el vecindario de la ciudad, cerró las puertas y corrió armado á las torres y murallas. Pero poco después se apoderó del ejército inglés el feroz deseo de la lucha, y comenzó á atacar á Mesina. En seguida Ricardo procuró separar á unos combatientes de otros; pero no lo logró hasta que se interpusieron los ciudadanos más principales de la ciudad; y al día siguiente, precisamente cuando los grandes sicilianos, franceses é ingleses, estaban deliberando sobre el medio de restablecer sólidamente la paz entre unos y otros, estalló de nuevo el tumulto en peores condiciones que el anterior. Esta vez los ciudadanos hicieron una valerosa salida de la ciudad. Entonces se puso el rey á la cabeza de sus tropas, rechazó á los enemigos hasta la ciudad, forzó la entrada, é hizo sufrir á los vencidos un terrible castigo. El asesinato, el saqueo y la violencia se desencadenaron por espacio de muchas horas, hasta que por fin Ricardo encargó á los suyos la moderación. Desde entonces no se atrevieron ya los sicilianos á oponerse á los ingleses, tanto menos cuanto que estos, para asegurar completamente su posición, levantaron además fortificaciones sobre una eminencia que dominaba á Mesina. A consecuencia de esto, Tancredo entró en negociaciones con Ricardo en sentido conciliador para conseguir una paz definitiva, y al efecto otorgó, sobre todo á la reina viuda, Juana, importantísimas sumas á cambio de las pretensiones que podía presentar



El rey Felipe Augusto en marcha. Facsimile tomado del códice *De passagis in Terram Sanctam* (Venecia)

con arreglo á las disposiciones testamentarias de su difunto esposo. Pero los habitantes de Mesina asustados por el indomable valor de sus enemigos, se avinieron á tratarlos amistosamente, y dieron entonces, á lo que parece, al audaz Ricardo el sobrenombre de «El Leon» ó «Corazon de Leon».

Estas contiendas con los sicilianos, influyeron en muy mal sentido, como no podía menos de suceder, en las relaciones entre ingleses y franceses. El rey Felipe se mantuvo al principio neutral durante tales altercados, pero poco á poco se fué presentando en actitud hostil contra sus compañeros de peregrinación, á lo menos segun los relatos ingleses, y después de la rendición de Mesina, exigió para sí y para los suyos una parte de la ciudad y del botín recogido en ella. Con gran trabajo se evitó la discordia que amenazaba ya entre ambos soberanos, merced á un nuevo tratado por vir-